

insaciable, una preocupación con la muerte, y una conciencia del yo. (Rubín no desarrolla una comparación minuciosa entre *Muerte sin fin* y el *Primero sueño*).

Al final de su libro, Rubín ofrece un sinopsis biográfico de José Gorostiza, seguido de una bibliografía de su obra. Luego menciona dos antologías que incluyen poemas de Gorostiza (si menciona dos, ¿por qué no incluye otras de las muchas que existen?) Luego da una lista de estudios acerca de la obra de Gorostiza. La bibliografía activa, según Rubín, es una refundición de la que se publicó en otro libro escrito acerca de Gorostiza.

Esta sección va seguida por otra bibliografía, que menciona algunos títulos de crítica general pero además repite los dos libros de Gorostiza ya citados antes y varios de los estudios críticos también mencionados en la lista anterior. La sección bibliográfica resulta, por lo tanto, algo confusa: Rubín parece haber añadido una bibliografía detallada en la sección penúltima cuando ya tenía una bibliografía más general en la última. Rubín no menciona la aparición de las *Poesías completas* de Gorostiza en 1964 en México.

Una poética moderna constituye, en suma, una aportación valiosa que ayudará mucho a los lectores del difícil pero importantísimo poema de Gorostiza; constituye también un libro algo desigual, con los méritos y las limitaciones que ya he notado.

ANDREW P. DEBICKI

Grinnell College,
Grinnell, Iowa

ISEL RIVERO, *Tundra, poema a dos voces* (New York: Las Américas Publishing Co., 1963).

La presente obra constituye un valioso aporte artístico y humano de la poesía producida fuera de Cuba en los últimos años por jóvenes cubanos —poesía en su mayor parte inédita. Con un penetrante y acertado juicio encomiástico nos presenta esta nueva obra de Isel Rivero el poeta y crítico chileno Humberto Díaz-Casanueva. Ya en 1959, a la aparición de *Fantasmás de la noche*, primer libro de Isel, publicado a los 18 años de edad, fuimos de los primeros en destacar el advenimiento de una indiscutible voz poética dentro de nuestro grupo generacional (*Excelsior*, La Habana, junio 23 de 1959).

El libro se abre con una cita de Omar Khayyám: "desierto de la nada/ seres que llegan. Seres que se van..." la cual sintetiza la visión que de la vida tiene la autora, visión cifrada ya en el título mismo de la obra: el mundo como estéril tundra en la que apenas queda resquicio para el amor y el ensueño, aridez absoluta, vacío de la nada; la tierra concebida como áspera y helada vía para el caminante y para la pareja humana, que en la más desgarradora de las soledades, apenas halla refugio para el amor porque "los refugios terrestres/ no tienen suficiente cabida para nuestras muertes" (p. 17).

El poemario está dividido en nueve odas versiculares que en su conjunto forman un solo poema el cual, a pesar de ciertas disgregaciones y cierta dispersión

aparente, nos ofrece, preñada de signos claves, la total visión de la autora. A través de su primer verso parece enlazarse esta obra con la que publicara inmediatamente antes de partir de su patria (*La marcha de los burones*, La Habana, 1960) el cual comienza con el mismo verso —“es rosado el matiz del amanecer...” dándonos así inicio de la continuidad de su orbe interior, orbe que aparece ya insinuado en dicho libro pero con características más locales mientras que en el nuevo se eleva a categorías universales testimoniándonos de este modo, su acucioso estar en este nuestro planeta Tierra y en este nuestro tiempo presente. Desde una personal y desgarradora experiencia, se nos revela una vez más el destino agónico de la humanidad: “Tú sentías que las columnas de hombres se multiplicaban en líneas de metralla” (p. 18). La obra fluctúa, una y otra vez, desde la ansiedad y la angustia personal al drama de la historia de las civilizaciones; con cierto acento dramático y propensión a lo escénico—características inherentes a la poesía de Isel— vemos y sentimos desfilar, en oleadas sucesivas, a las muchedumbres sangrantes desde tiempos inmemoriales hasta nuestro presente incierto. En medio de ellas el hombre, actor y espectador a la vez, marcado por la impotencia de detener el curso del bárbaro acontecer. Nos expresa esta poesía existencial: “síntoma de agonía es nuestra existencia/ Al borde de este vacío/ ¿qué hemos perdido,/ qué hemos ganado?” (p. 32), porque verdaderamente hemos de sufrir “mil años inútiles de espera”, “mil años de agonías absurdas”, que se estrellan contra el paso del tiempo”, para sólo haber concluido lo más habitual/ lo más obvio:/ una existencia” (p. 31). Y el mensaje, que con tanta lucidez intuitiva, nos transmite esta joven poetisa encierra también el grito existencial y agónico, sediento de justicia, que recorre la trayectoria del hombre menesteroso y desvalido desde sus comienzos bíblicos, el grito, que como la patética figura del Laocoonte “gira y se contorsiona/ la muerte cotidiana/ y la muerte en masa” (p. 18). Grito de rebeldía que se resiste a sucumbir de sed, de hastío, de ira contenida y de vehemencia en medio del dudoso presente de nuestra civilización. Al final del poema IV, conciente del grado de insensibilidad a que ha llegado la civilización, afirma “ya no nos asustan las masacres...” (p. 40) e intuye—forma superior del conocimiento— que es el poeta, al artista al que le ha sido otorgado, en su destino prometeico, el poder descender a los orígenes de la creación para develarnos los nuevos mundos capaces de levantarse por sobre los ya destruidos y exánimes, mundos de hombres nuevos, no corrompidos. Pero este alumbramiento se realizará no sin esfuerzo y puesto que poco nos queda por salvar, parece decirnos la poetisa, hemos de regresar al polvo para resurgir purificados, nueva ave-fénix, desde el mismo. Una y otra vez nos sumerge esta poesía de arrebatada fuerza instintiva, en las mismas células generadoras de la vida y de la muerte, en las mismas raíces sangrantes de la humanidad, desde las cuales parece tocar los límites de la destrucción y de la creación para concluir en que solamente nos es dado, como forma permanente del existir, la sobrevivencia.

A pesar del primer impacto demoledor, aunque catártico, que nos produce la lectura de *Tundra*, a pesar del nihilismo que alienta en esta poesía, una honda humanidad la traspasa, un vehemente amor a la vida y a las fuerzas de la naturaleza en ebullición, todo lo cual parece lanzar a la poetisa en la embriaguez dionisíaca de un vivir “seduciendo la rosa de cada alba”, flor de un día que no constituye más que un paliativo a la desmesurada insatisfacción interior de quien sabe que dentro de sí aloja multitudes. Mediante una intrincada red de símbolos

personales e imágenes alucinantes, que se abren fácil camino a través del verso libre y rítmico de variados metros, se nos despeja el panorama interior de la autora, su cosmovisión ofrecida desde un plano hondamente humano de altos quilates estéticos. Su inconformidad no es inconformidad estéril. Hay en este poemario, rico en sugerencias, la búsqueda apasionada de quien no se conforma con las respuestas que encuentra a su paso, la búsqueda de quien se exige más hondas y posibles respuestas; así por entre la apretada red de alusiones y símbolos presagiadores de tormentas, no siempre fácil de desentrañar, también brilla, a ratos, una luz esperanzadora y hacia la incierta y lejana línea del horizonte "crecen los largos ojos de los hombres cansados/ los brillantes ojos de un niño" (p. 57) ... "horizonte,/ islote indefenso,/ ante nuestras manos atadas". (p. 58).

En la obra repercuten una gran variedad y riqueza de motivaciones producto del complejo entrecruzamiento y amalgama de intensas vivencias, algunas verdaderamente dramáticas que le tocara experimentar a mente tan joven pero que con tanta lucidez ha sabido interpretarlas y volcarlas líricamente. En lo que otros no hubieran podido, tal vez, sobrepasar el plano meramente personal, la protesta localista o el nacionalismo, tantas veces estéril, Isel Rivero sabe darnos con originalidad, un mensaje más trascendente, de interés para toda la humanidad, y así dentro de una poesía de raíces hondamente individualistas logra hermanarnos con la inconformidad y angustia que signa no solamente a nuestra generación en especial sino también a toda la época.

Poesía ésta que, en medio todavía de balbuceos y de ciertas incoherencias, llega a rozar lo profético, que en medio de las paradojas de una situación existencial peculiar, nos lanza, mediante agotadores ciclos de reencarnación y muerte al cataclismo final de la civilización actual enlazando así el dramático devenir de la humanidad con el inmutable ritmo de rotación de los astros: "Así habló el último viajero/ dando la noble espalda a la isla poblada" (p. 87). "Ahora/ Tundra/ el frío y la muerte./ Mañana/ sólo/ el rasgar de los astros/ sobre la superficie de lo creado". (p. 88).

RITA GEADA DE PRULLETI

Southern Connecticut State College

La "Revista de América" de Rubén Darío y Ricardo Jaimes Freyre. Edición facsimilar y notas de Boyd G. Carter. (Managua: Imprenta Nacional, 1967).

Poco después de iniciar Rubén Darío una de las etapas más fecundas de su vida literaria —el quinquenio de Buenos Aires, 1893-1898—, decidió publicar, en compañía de Ricardo Jaimes Freyre, una revista que sirviese de palestra a los postulados del modernismo. Esta fue la *Revista de América*, de la que aparecieron sólo tres números. La publicación se interrumpió debido a que el administrador desapareció y con él los pocos fondos de la empresa. Darío evoca así, en el capítulo 42 de su *Autobiografía* esa tarea de fugaz duración: "Fundamos, pues, la *Revista de América*, órgano de nuestra naciente revolución intelectual, y que